

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

A ESTAS ALTURAS LOS TRAJOS SUCIOS

EN Madrid, últimamente, se ha armado un ligero revuelo periodístico, a propósito de ciertas cartas de amor cruzadas entre doña Emilia Pardo Bazán y don Benito Pérez Galdós, que alguien acaba de publicar. Algunos comentaristas han puesto el grito en el cielo. Como no conozco los textos, me abstendré de juzgar si el «escándalo» es razonable, o si sólo se trata de hablar por no callar. A estas alturas, desde luego, resulta un poco difícil rasgar las vestiduras ante cualquier expansión escrita de los fervores eróticos, por aguzada que sea, y más difícil sería hacerlo frente a noticias más o menos seguras de «liaisons» escabrosas. Dicho con la fórmula tónica: estamos curados de espanto. Los papeles de información cotidiana nos tienen acostumbrados a las anécdotas más increíbles, y una densa bibliografía —novelas, revistas ilustradas, libros didácticos— queda al alcance de todas las fortunas para que nadie ignore nada en materia de alcoba. Puede que los refunfuños suscitados por la exhumación de la correspondencia Pardo-Galdós respondan a un error de perspectivas. Estamos habituados a «ver» a los protagonistas de la historia bajo especie de respetabilidad de manual escolar, y, sobre todo, a través de imágenes de una frigididad extrema. Pienso, por ejemplo, en las páginas de «La Esfera», de «Blanco y Negro», en tiempos de la primera guerra europea.

Por una parte, doña Emilia y don Benito se han convertido en «glorias nacionales», etiqueta un tanto vaga que permite numerosas supersticiones cívicas a su alrededor. Y por otra, a ella, la recordamos por las fotografías como una matrona monumental, de augusta papada, mejillas lacias, adornada con soberbios ringorringos de indumentaria; él tenía, ya metido en años, cara de foca, ojos apagados, expresión cáustica. Suponer un idilio entre ambos produce no sé qué repeluznos. Tendemos a clasificar el amor entre los entretenimientos de la juventud, cuando el cuerpo es fascinante o, por lo menos, tierno. Me refiero al amor pasión, si conviene explicitarlo así: «Miqueño mío...», «Ponetta...». Los armucos propios del episodio adquieren un tinte grotesco, a medida que aumenta la edad de quienes los profieren. Imaginar a don Benito y a doña Emilia, tal como los representan sus respectivas estatuas de parque público, no es cómodo, si alargamos la hipótesis a escenas de lujuria. Sólo que uno y otra tuvieron que ser jóvenes y, sin duda, mutuamente apetitosos. Ya digo que no sé de qué va el asunto, y me disgustaría errar en la apreciación. La enamorada trapisonda de los dos novelistas, de todos modos, no pudo ser un arreglo senil: carecía de sentido. Quizá la condesa fue una mujer fogosa, además. Se cuenta un «flirt» suyo con otro colega: don Vicente Blasco Ibáñez. Son cosas de la vida.

Son, en efecto, cosas de cada día. Ocurren en todas las familias: en las mejores y en las peores, y, naturalmente, en las del medio. Por lo general, constituyen tema de chismorreo entre parientes, amigos y conocidos: en un grado mayor o menor, según las circunstancias, y nunca deja de haber una circunstancia extravagante —social, afectiva, sexual— que sir-

va de pábulo a las cotillas. El problema se complica cuando las personas involucradas en la peripecia se distinguen por alguna singularidad públicamente estimada. También en esto hay clases. Los amorios de un empleado de Correos o de un muchacho campesino apenas cuentan, si no hallan un buen novelista que los tome como argumento. Pero siempre serán sin nombre ni apellidos. Otro es el cantar, si, pongamos por caso, se trata de Napoleón. O de Poe, o de Miguel Ángel, o de Víctor Hugo, o de Cristina de Suecia, o de Sócrates, o de... Ya se aprecia hacia dónde apunto. Y tampoco hace falta echar mano de la guardarrropía histórica. Una abrumadora cantidad de espacio, en la prensa popular —sensacionalista, «de coeur» o simplemente rutinaria—, se nutre de los amores de los grandes de este mundo: play-boys, millonarios, princesas, artistas de cine, cantantes de toda especie. La curiosidad del vecindario es insaciable. La gente se divierte con tales «picardías». Porque han de ser «picardías». La tranquilidad conyugal no interesa, o sólo en los reportajes de bautizos y defunciones... En principio.

Luego vienen los eruditos: la comadrería docta. Siempre, los fabricantes de historia —desde Tito Livio, y Suetonio, y Diógenes Laercio, y demás monitores de la antigüedad— se han ocupado de puntualizar detalles íntimos de los mandamases a su alcance. La habilidad del estratega, las manías del César, los vicios de los filósofos, les ocupaban primordialmente. De unas décadas para acá, las cátedras más conspicuas han resuelto prestar más atención al ritmo de las cosechas, a la estructura de los precios, a los altibajos —con el amor de por medio, ¡ay!— de la demografía. Desde luego, la única manera de acabar de entender la historia; si la historia puede ser definitivamente «entendida», y está por ver, era ésta: acudir al examen de los fenómenos de base de la sociedad, el trabajo y la comida, la reproducción y los entierros, cuantitativamente estipulados. Pero estos análisis no invalidan la eficacia del ápice de la pirámide social: la figura del mandamás. No era ninguna broma aquello de la «nariz de Cleopatra». Precisamente porque Cleopatra y sus enamorados eran gente «poderosa», esto es, decisiva, la nariz de la Faraona influyó en los destinos políticos del Mediterráneo. En las secciones menos aparatosas de la «Historia», que se refieren a pensadores, plumíferos y pintamonas, la «vida privada» consigue un relieve particular. Las biografías de sus personajes ayudan a explicar las obras que produjeron: en última instancia, y de algún modo, la «ideología» que produjeron.

No basta el dato de «clase». Este era el error de Luckács. Hay que empezar por la «clase», que es lo genérico. Pero no se agota ahí el enigma. Tales de Mileto fue un estraperlista listo, y Séneca, un usurero de tomo y lomo: esto, todavía, puede ayudar a una dilucidación de los móviles de la filosofía antigua, sin salir de los esquemas de «clase». Como respecto a la filosofía reciente hay que retener las fichas de la exasperación pequeño-burguesa de Nietzsche, de Heidegger, de Jaspers, de Klages, de Spengler, incluso de algún eventual judío

tipo Scheler, para comprender la trágica fantasía nazi. Pero, yendo al fondo de la cuestión, además del ingrediente clasista, hay que tener presente lo demás. La raza, sin ir más lejos: la circuncisión, para ser exactos. Los ghettos de Europa han sido intelectualmente muy fecundos: calculemos de Spinoza a Kafka, pasando por Heine, por Marx, por Bergson, por Proust por Einstein. Lo de la anatomía y la fisiología se presta a varias posibilidades de gradación. La poliomiolitis de lord Byron y la sed etílica de Poe, la jiba de Leopardi y el asma de Proust —Proust, más que un escritor judío, es un escritor asmático: la longitud de sus frases era su réplica a la dificultad de respirar que le aquejaba—, las inclinaciones «nefandas» de Rimbald o Gide y de Virginia Woolf, el bazo lesionado, el réuma articular, una tensión arterial desfasada, glándulas locas, piloros escocidos, úlceras desapacibles, neuralgias torvas: la entera catalogación de los libros de patología, incurable o a medio curar, han alimentado y alimentan la «cultura» de todos los tiempos. Don José Ortega, listo como era, denunció que en el fondo de toda filosofía hay una enfermedad del hígado. La poesía lírica no necesita tanto, y le basta una mera migraña.

Lo que ocurre es que todo esto está «mal visto» por nuestras inercias «oficiales». Sigue flotando en el aire la convicción de que todo es «sublime» —sin raíces «sucias»— en los tejemanejes elevados: el mando, la teoría, la pintura, las novelas y el resto. Cuando alguien hurga y pretende clarificar, tropieza con lo que tenía que tropezar: con la enfermedad o con los poco convencionales. El de don Benito y doña Emilia —¡lo!— no merece tantos aspavientos. Probablemente, a nivel de hechos, todo fue menos esplendoroso de lo que insinúan las cartas: los escritores exageran casi siempre, hasta en privado, porque escribir, fatalmente, es «exagerar»... Y aun mándolo al pie de la letra, ¿qué importa? Galdós y la señora Pardo, desde sus tumbas, no protestarán. Somos nosotros, en todo caso, quienes debemos reconsiderar el problema. Sacar póstumamente los trajes sucios de cualquier antepasado cultural —o político, o familiar— es una opción tentadora. Yo creo que, por añadidura, será sistemáticamente útil. Pero la hipocresía establecida, si ha de beneficiarse de estas aclaraciones, ha de pagar su precio: ha de ceder o conceder cuanto convenga. Quienes han erizado la voz contra la indiscreción erudita de Carmen Bravo hacen trampa: aspiran a ocultar la verdad. Sólo que esa y otras verdades bastante más insolentes están a la vuelta de la esquina: los métodos «psicográficos» —perdón por el terminacho— que se apliquen a la historia de la cultura revelarán cuquerías sexuales, a menudo explosivas. Si no se interfiere una óptica tolerante, la indagación será un gesto abusivo: contra la intimidad del prójimo, aunque ese prójimo sea difunto por cien o quinientos o mil años. Nuestros adjetivos están cargados de malicia, y de ahí las molestias «morales» que despierta el desliz de doña Emilia con don Benito. Tartufos que somos. O que son.

Joan FUSTER

LA ACTUALIDAD PERIODICA DE... LOS COMETAS

Se habla de cometas cada vez que aparecen lo que se explica muy bien por su espectacularidad. Así, ahora, el cometa «Kohoutek» está de moda y todo el mundo me pregunta por él, en Barcelona. Naturalmente, como que no tengo nada especial que poder contestar a los amigos que me hacen la pregunta, tengo que limitarme a decirles lo que es del dominio público, o sea que, hasta ahora que yo sepa, el cometa después de su paso por el perihelio (punto más cercano al Sol) no ha podido ser observado cómodamente a simple vista en nuestra ciudad. Antes, si lo había sido en algunos lugares de España, poco antes del alba. Esto puede explicarse de dos maneras: puede ser que, como la observación ahora tiene que hacerse muy cerca del horizonte, poco después del crepúsculo, aproximadamente hacia el Tibidabo, la poca clara atmósfera barcelonesa determine malas condiciones de visibilidad, y puede también ser que, como empezian a rumorear ya astrónomos extranjeros, el cometa haya defraudado en lo que respecta a la esperada espectacularidad de su visión después de haber dado la vuelta al Sol, probablemente porque, como ya ha sucedido con otros cometas, haya salido malparado de esta «prueba del fuego». O pueden ser ambas cosas, que es lo más probable.

Se lo confesaré francamente: no me importa demasiado y mi interés en la cuestión es muy relativo, pues creo que se trata de un dato nimio, interesante tan sólo como mera constatación de un fenómeno natural y sin ninguna trascendencia científica. En el fondo, también he de confesarles que tengo una cierta prevención contra los cometas, pues me parece que han hecho hablar de ellos mucho más de lo que se debía. Los cometas me parecen algo así como estas personas fatuas que tienen organizado un programa de publicidad a su alrededor y cuidan muy bien sus relaciones públicas, creándose así una fama que está muy por encima de su valor real. La comparación

es, naturalmente, burda, ya que no cabe atribuir intencionalidad alguna a los cometas y hay que confesar, además, que la fama conseguida ha sido muy depredatoria, pues la humanidad, hasta ahora, ha considerado siempre a los cometas como presagios de desgracias y calamidades: guerras, carestías, pestes o muerte de soberanos. Esto último era tan creído que Nerón, durante cuyo imperio aparecieron cuatro cometas, según Tácito, quiso contrarrestar su malévol influencia aplacándoles con sacrificios humanos. En la Edad Media, la creencia estaba tan arraigada que se llegó, en la muerte de Carlomagno, en 814, a inventar un cometa que la hubiese anunciado. Incluso el precursor de la anatomía, Ambrosio Paré, nos dio una descripción fantástica del cometa de 1528, que nos dice que millares de gentes lo vieron como una larguísima cola sangrienta en cuyo extremo se veía un brazo curvo con una gran espada en alto, bajo la cual se veían las cabezas de hombres decapitados. Como siempre, desgraciadamente, ha habido calamidades, y en 1527 hubo el saqueo de Roma, el infeliz cometa cargó con el sambenito. Incluso cuando la última aparición, en 1910, del cometa «Halley», no faltaron pusilánimes supersticiosos que lo consideraron de mal augurio.

Naturalmente, hoy sabemos con bastante exactitud en qué consiste estos fenómenos astronómicos, a los que tanta trascendencia ha querido atribuir la humanidad. Hasta el Renacimiento, los cometas habían sido considerados como fenómenos atmosféricos pertenecientes al mundo subplanetario, como apariciones ópticas sin realidad material o, más raramente, como cuerpos celestes que recorrian órbitas determinadas, como los planetas. Hoy sabemos que esta última hipótesis es la verdadera, pero Aristóteles, también en esto, se quedó con la mala y como muchos de sus contemporáneos adoptó la primera y también aquí su autoridad hizo que fuese sostenida por la mayor parte de astrónomos hasta el Renacimiento, e incluso

Cassini, en 1680, sostenía todavía esta errónea opinión. No obstante, hay que hacer la honrosa salvedad de algunos pitagóricos, y sobre todo de Séneca, quienes con admirable clarividencia sostuvieron ya la hipótesis verdadera.

El mismo Kepler, aunque admitió un movimiento orbital, sostuvo erróneamente que se trataba de órbitas rectilíneas; Galileo, en 1623, en el Saggiatore, sostuvo la antigua opinión pitagórica de que los cometas eran tan sólo apariciones producidas por los rayos solares en la materia tenue que se evapora de la Tierra y sostuvo sobre ello una agria polémica con el jesuita Orazio Grassi, que sostenía, más justamente, que los cometas eran cuerpos celestes, aunque los hacía mover en órbitas circulares.

Como es bien sabido, se debe a Halley, íntimo amigo de Newton, la clara explicación de los cometas como cuerpos celestes pertenecientes al sistema planetario solar, o atraídos por éste, que siguen las leyes de la atracción universal descubierta por su amigo y que permite calcular perfectamente sus órbitas. Así lo hizo él con el cometa que lleva su nombre, con órbita elíptica, que nos aparece periódicamente cada 75 años. Otros cometas, con órbitas parabólicas o hiperbólicas, pasan tan sólo una vez por las cercanías del Sol. La astrofísica moderna ha podido determinar la estructura material de estos cuerpos celestes, compuestos por un núcleo muy pequeño, una llamada cabellera adscrita a él y una cola que puede llegar a alcanzar centenares de millones de kilómetros. La masa total, concentrada casi toda en el pequeño núcleo, de un diámetro que tan sólo en los grandes cometas llega al centenar de kilómetros y generalmente es tan sólo de decenas o unidades de éstos, sabemos hoy (y lo han confirmado las observaciones, fuera de la atmósfera, de los satélites artificiales como el «OAO-2» que observó al cometa «Tago-Sato-Kosaka», y el «OGO-5», que observó al cometa «Bennett») que está constituida en el núcleo principalmente por hielo impurificado por algu-

nos metales y compuestos químicos elementales, por lo que Whipple les ha llamado «icebergs sucios». La cabellera y la cola, que se ponen sobre todo de manifiesto en la cercanía del Sol y están conformadas por la emisión iónica y la presión de radiación de éste, son vapores y gases originados en el núcleo, lo que explica lo infundado del temor de que esta cola, en caso de incidir con la Tierra, pudiese producir algún daño, como se vio en 1910, cuando realmente la Tierra atravesó la cola de planeta «Halley». En todo caso queda claro que los cometas son cuerpos minúsculos, migaja del sistema solar o captaciones de él, que observan todas las reglas planetarias y se conforman con las exigencias de la astrofísica sin plantear ninguna cuestión no ya trascendente, sino muy interesante, pues lo único que todavía se discute es su origen, que puede explicarse de distintas maneras.

Quiero dejar bien sentado que no creo con lo que antecede haber agotado, ni mucho menos, las posibilidades de la fenomenología de los cometas; he querido tan sólo justificar ante ustedes lo poco que me interesan. Muy por el contrario de otros cuerpos celestes, como los pulsars o los quasars, los cometas están muy lejos de plantear ninguna cuestión cosmológica de trascendencia filosófica; pertenecen, por decirlo así, a una astronomía menor y tan sólo la ignorancia humana les ha querido dar una importancia que no tienen. Como ha dicho un astrónomo francés, se trata de «riens visibles». En castellano diríamos: mucho ruido y pocas nueces.

Estas lucubraciones me han permitido, además, aplazar un poco la consideración de este cometa «Kohoutek», que por ahora tan caro parece de ver en Barcelona. Si, por fin, se deja mirar por los barceloneses, condescenderé a hablar de él.

Miguel MASRIERA

LA MAYOR EXPOSICION DEL FRIO COMERCIAL



ANTES DE COMPRAR... ¡VISITENOS!

CO.FRISA
Pº de San Juan, 71
Tel. 207 05 97
BARCELONA-9

SOLER
CAMARAS ACORAZADAS

Las más modernas cámaras acorazadas instaladas en las entidades bancarias llevan la firma SOLER.

ARCAS Y BASCULAS SOLER, S.A.
Rambla Cataluña, 10 - Tels. 221 48 81 - 242 24 03

MATRICULA ABIERTA PARA CURSOS DE MECANOGRAFIA AL TACTO

SISTEMA SIGHT & SOUND
75, 160 y 250 PULSACIONES POR MINUTO EN 14, 24 y 42 DIAS.
(SOLO 1 HORA DIARIA)

RESULTADOS GARANTIZADOS

COMIENZAN 5 CURSOS CADA SEMANA
HORARIO A ESCOGER - DIURNO Y NOCTURNO
CAPACIDAD POR CURSO - 12 PLAZAS

enseñanza audiovisual, s.a.
C/ BALMES, 152 (esquina Córcega) - BARCELONA, 8 - TEL. 218 15 12